

# NURAN

Miro los rostros de los demás, sus miradas impenetrables, sus labios irritados, sus voces indefinidas; pero no escucho, no puedo escuchar lo que dicen, ni sé por qué sus dedos me señalan con ira, atravesando mi piel y mi corazón.

¿A dónde vas Nuran?

¿Por qué callas madre?, ¿y tu consuelo? ¿Quién quitará de mi vientre este fuego atroz que me consume, la espada que desgarrar mis entrañas y mi alma?

Madre, evitas mi mirar y mi plegaria. Madre que silente ocultas el rostro entre tus manos cansadas, en ese rincón hacia donde nadie mira, salvo yo, hacia donde nadie se dirige salvo mis ojos y mi dolor.

Ya nada está donde debiera. Nada es lo mismo, nada es igual al espacio y el tiempo vividos hace cinco días, hace tanto tiempo. Regresé con la sangre y la vergüenza entre la ropa desgarrada, sobre la piel herida, con las manos rotas de luchar, con el ansia quebrada, con mi vientre desnudo, sucio, robado. Pero ya nada es lo mismo, ya he olvidado el lugar de las muñecas, los fogones, la calle en donde jugábamos a ser esposas, madres, o dulces hijas. Ya nada es lo que era, regresé con la carrera del terror en mis labios y en mi corazón, y no hubo piedad.

Desde mi asiento observo, sorda y muda, el ajeteo de gentes que no conozco, de mi propio hermano, de mi padre que grita, que se desgarran la ropa y el pecho. Alguien escribe, otro lee un libro negro y grande, todos lloran y se lamentan, pero nadie me mira, nadie me abraza, nadie sofoca el fuego que cada vez es más profundo y seco, nadie, ni siquiera madre que sigue llorando en aquel rincón a donde no llega la luz ni mis manos.

¿Y mis amigas?, ¿Qué dirán mis amigas cuando se enteren?, ¿podrán ayudarme a olvidar?, ¿podrán asegurarme que la vida es la misma, que la casa es la misma, que mi cuerpo es el mismo?

Yo regresaba del colegio, como todos aquellos días, como todas las tardes, cuando el sol empezaba su descenso de sombras y estrellas. Antes de llegar a mi calle, por aquel camino que atravesaba un campo de amapolas y avena, en donde los pájaros y las lagartijas huían al sonido de mis pasos y el avance de mi estirada sombra. De súbito, tras de mí, otros pasos, acelerados, inquietos. Una sombra más larga que la mía, unas manos más fuertes que todas mis fuerzas, me empujan, me sostienen, tapan mi grito y mi miedo.

Todo a la carrera, no puedo respirar, mis pies se arrastran sin tiempo de tocar, siquiera, la frondosa presencia de la hierba.

Al cabo, sin consciencia del tiempo ni el lugar en donde me hallaba, tendida y medio desnuda, sentir sus jadeos, el peso inexacto de su cuerpo, y esa espada de dolor en mis entrañas, ese dolor inaudito, ese fuego incontenible hasta agotar mis lágrimas, hasta perder el sentido y la razón.

Día tras día, oculta y presa en aquel lugar desconocido, apenas un poco de agua y algo de pan, para regresar de continuo a la pesadilla, para volver a sentir su peso y su olor, su lengua que lame mi rostro, mis pechos y mi boca. Ya no puedo resistir más, caigo de nuevo, me desnuda, me posee sin misericordia, jadea, vuelve a golpearme, grita, pero ya no estoy más allí, ya no siento ni escucho nada, como ahora que todos siguen hablando y gesticulando, que siguen señalándome, que sigue mi madre oculta y perdida al otro lado de la habitación, al otro lado del mundo, al otro lado de mi vida, ¿mi vida?

¿A dónde vas Nuran?, ¿A dónde vas?

Fue el cuarto día, lo recuerdo, había estado contando el paso de la luz entre las rendijas de la ventana, y el canto de los grillos cuando todo era silencio y oscuridad, y su respirar a mi lado era un torbellino que alimentaba mis pesadillas y mi terror.

Creo que estaba borracho, gemía junto a mí con el olor añejo y agrio del vino, hablaba sólo y había olvidado volver a atar mis tobillos y mis muñecas. Con las pocas fuerzas que recogí desde el fondo de mi corazón pude levantarme con el mayor sigilo posible, con el mayor cuidado. A oscuras palpar la noche y el crujido de mis pies sobre un suelo de arena y cenizas. Una puerta como un milagro, el aire de la noche que era como un mar destronando el arrecife, como mi perro cuando me descubre y me tumba, como madre que me mira y me besa, como madre...

La carrera, la locura de correr sin destino, sin piedad por un campo de vegetales arañazos, descalza y herida en mi alma y mi piel, con las manos manchadas de mi propia sangre, aferradas a la mayor de las heridas que sangraba invisibles colores desde

mi vientre hasta mis piernas, hasta la frontera insostenible de mis muslos desconcertados.

¿A dónde vas Nuran?, ¿A dónde vas?

¿Quién lamerá ahora mis cicatrices, mis enormes cicatrices de dolor y tristeza?, ¿qué manos acogerán mis manos cansadas, mi alma desgarrada, mi infancia destronada?, ¿quién me ayudará ahora, quién?

No sé por qué todos han callado y me miran, porque mi madre, arrodillada ante mi padre se desgarró el velo, se tira de los negros y largos cabellos, casi logra arrancarse un enorme mechón oscuro. Otras mujeres la sujetan, la levantan, me mira, ahora madre me mira, y en el fondo de sus ojos un vacío de dolor, un enjambre de sombras hostigan sin piedad su alma desheredada, y allí, en ese rincón en donde sus ojos dibujan recuerdos y abrazos, allí, casi oculto y perdido he visto su roto corazón y mi rostro, mis ojos negros apagados y solos, profundamente solos.

Hermano; que tierno es tu abrazo, que cálida es tu voz que me susurra, y que no entiendo.

Hermano, que dulce descanso es sentir tu olor reconocido, tus manos tan amadas, tus ojos que son como los míos, que han visto las mismas cosas que los míos, tu cuerpo que ha dormido junto al mío, que me dio calor y cobijo; tus palabras que me dieron alivio en mis pesadillas y me hablaron del mar y de las aves del cielo.

¿A dónde me llevas hermano?, ¿acaso aliviarás mi dolor y mi incertidumbre?, ¿podrás tú arrancar de mi corazón esta espada de fuego?

¿Qué pecado cometí?

Qué extraña muerte es esta derrota. Ahora sé, reconozco el destino que me aguarda, sin duda, sin lamento.

No es necesario que atéis mis manos y mis piernas, ni que ocultéis vuestras miradas de la mía, ya última y cansada, mirar de ojos ya muertos, lejana pupila de espejos cóncavos donde se reflejan dolor y agotamiento, profunda y oscura mirada triste, desangelada.

Es el momento de la partida, el instante en que devuelva mi alma al río de lo inconcreto, al paraíso de los desterrados. La cuerda sobre mi cuello, tus manos tensas crispadas, mi nuca que se quiebra como una hoja seca, el aire impenetrable, la luz que se ciega, la honda voz del dolor que se lamenta; llorar no es nada más que el pequeño gozo del último signo de vida, lágrimas que son un mar ya desolado, las mismas que ayer corrían temerosas por mi piel herida de sal y fuego, lágrimas que clamaban vida y piedad, ahora son grises fuentes de lo imposible, manantiales de preguntas sin respuesta, la escasa despedida de mis ojos y mi cuerpo, ya sin aliento, ya lánguido en los brazos asesinos de lo absurdo, en el rostro desencajado de mi madre, en su abrazo mortal y sereno donde yazgo ya inerte y olvidada, sólo el resquicio del agua salada en mis mejillas y la leve mueca de mi boca como una sonrisa, una mísera victoria sobre la espada de fuego que me poseía, el alivio de tanto dolor, la seca muerte.

Ya nada importa, en este descanso ya nada importa, y bajo la tierra erguida de noches eternas, suplico a mi alma la última fuga, el abandono total y definitivo, pero mi alma también está muerta, cansada de tanto dolor, de tanta incomprensión, de todo este absurdo camino breve. Y me acompaña, inundada de gusanos y podredumbre, alojada aún en mis huesos y en mi memoria, y seguirá siendo este descomponerse un paisaje que también he de vivir como cadáver de olvido. Después, cuando ya nada quede que custodiar, ni polvo ni huesos ni recuerdos, escapará mi alma dispuesta para el viaje, el lejano viaje sin respuestas.

¿A dónde vas Nuran, qué pecado cometiste?

**José Manuel Vivas Hernández.**

*“Nuran Halitogullari, de 14 años, fue estrangulada en Ankara (Turquía) por su padre y su hermano, de 17 años, tras haber sido secuestrada y violada a finales de marzo durante cuatro días por su raptor. Nuran consiguió escapar de su encierro y, al volver a casa, la familia en pleno celebró un consejo y decidió matarla porque la violación manchaba el honor familiar. El tribunal, compuesto por el padre, la madre, el hermano, dos tíos y la complicidad de otras 16 personas, delegó en el padre y el hermano la muerte de Nuran. La estrangularon con un cable eléctrico. Enterraron en un bosque el cadáver de la joven y alegaron que había huido de casa.”*